**Xenofobia, racismo y**

 ***otros excesos***

***E***

**JULIÁN MARÍAS**

**«A lo largo de su historia, España ha sido mínimamente racista. No tuvo ese carácter la hostilidad al invasor islámico durante la Reconquista, y religiosa y no étnica era la frecuente hostilidad contra los judíos.»**

n estos últimos tiempos, y de manera creciente, se habla en toda Europa, y desdé luego en España, de xenofobia y de racismo. Se organizan manifestaciones multitudinarias, con pancartas a la cabeza —a veces escritas en una lengua regional minoritaria, lo cual puede parecer sorprendente—, con multitud de personas al frente, no siempre caracteriza das por su universalismo ni por su espíritu de concordia. Temo que esta ocupación con tan vidrioso y complejo asunto esté aumentando los brotes de eso que, con tanta razón, se pretende evitar. Ni las manifestaciones ni los discursos suelen contribuir a aclarar las cosas. Si no me equivoco, se están deslizando demasia das confusiones. Ante todo, la de xenofobia y racismo, cosas que pueden coincidir, pero que son muy distintas. Se puede sentir hostilidad al extranjero de la misma raza, y sin la menor conciencia de diferencia étnica. Esta última, la diferencia étnica, se puede percibir como tal sin hostilidad ni desprecio, y por tanto sin racismo. in cuanto a éste, puede ser una espontánea antipatía, un desagrado irreflexivo, una impresión de superioridad — o inferioridad, no se olvide—, o finalmente una teoría, como la iniciada por el Conde de Gobineau y Houston Stewart Chamberlain (un francés y un inglés) y que con dujo a tales atrocidades con las que realizó el Tercer Reich alemán en manos de Hitler y su partido nacional socialista.

A lo largo de su historia, España ha sido mínimamente racista. No tuvo ese carácter la hostilidad al invasor islámico durante toda la Recon quista, mezclada con frecuente admiración y simpatía. Religiosa y no étnica era la frecuente hostilidad contra los judíos en la Edad Media, incluso en el momento de su expulsión en 1492. Sólo se puede descu brir un elemento de racismo en los conceptos —sociológicos y no reli giosos, profundamente anticristianos— de «cristianos viejos» y «cris tianos nuevos», inspirados en la desconfianza en la sinceridad de las conversiones más o menos forzadas. No hay «cristianos viejos», por que cuarenta generaciones de cristianos no hacen cristiano a nadie, sino solamente la fe y el bautismo. Por último, el injerto español en América, desde el mestizaje biológico hasta la cultura y la constitución de sociedades americanas hispanizadas significó la ausencia casi total, con muy escasas excepciones, de racismo.

En la Europa actual hay fenómenos que son inquietantes, y conviene preguntarse por su origen y carácter. Hace ya varios decenios, cuando se logró una prosperidad económica que ahora se está poniendo en pe ligro, los europeos decidieron que no les gustaba ejercer diversos ofi cios o profesiones, poco agradables o mal pagados. Encontraron con veniente que habitantes de países menos prósperos se encargaran de esos trabajos. Esto sucedió también dentro de cada una de las nacio nes, mediante la inmigración en una región más rica de personas de otras más pobres.

**«En la Europa actual hay**

**fenómenos inquietantes y**

**conviene preguntarse por su**

**origen y carácter. En los años**

**de prosperidad económica, se**

**encontró conveniente que**

**habitantes de países menos**

**prósperos se encargaran de**

**trabajos poco agradables y mal**

**pagados.»**

Al aumentar el número de inmigrantes, han llegado a ser un elemento «extraño» en las sociedades originarias, cuya homogeneidad se resien te de ello. Hay muchas personas «diferentes» por su estilo, aspecto, costumbres, lengua, etc. Se tiene la impresión de no estar plenamente «en casa», y por tanto «cómodos». Esto es legítimo, pero hay que ele gir: si un país quiere estar «solo» y sin mezcla, tiene que realizar por sí mismo todas las funciones necesarias, gusten o no; si quiere que las hagan otros, tiene que aceptar su presencia y no quejar se de ella.

**H**ay otros factores de mezcla: el derecho que tienen en algunos países los pertenecientes a antiguas colonias in dependizadas, que forman parte de la población de las antiguas metrópolis, en números muy altos y que en al gunos casos mantienen su peculiaridad, a veces con la voluntad de afirmarse como un cuerpo extraño. Todo esto contribuye a crear condiciones en las que pueden desarrollarse sentimientos de xenofobia, interpretados por unos o por otros como racismo y que en ocasiones lo son.

Otro fenómeno, enteramente distinto, y acaso el más grave de todos, es la hostilidad, que llega a la lucha más violenta, entre elementos que formaban parte de nacio nes bastante artificiales, resultados de la desmembra ción del Imperio Austro-Húngaro (secundariamente

**«Me parece peligroso hablar excesivamente de racismo, principalmente donde no lo hay, o en dosis muy escasa. En España es evidente y podemos encontrarnos con un racismo considerable, forjado a fuerza de hablar de él»**

también del Otomano) al final de la Primera Guerra Mundial. Estas naciones eran tan heterogéneas como la Austria-Hungría que las integraba, y los elementos étni cos, lingüísticos, religiosos, sociales, históricos están de tal manera entrecruzados, que hay una manifiesta impo sibilidad de llegar a unidades homogéneas, sobre todo en lo que fue Yugoslavia. Aquí el nacionalismo de lo que no son naciones es el factor capital de una xenofo bia que amenaza con la devastación y acaso destrucción de esos pueblos. Algo semejante se está produciendo en muchos territorios de la antigua Unión Soviética, some tidos durante largo tiempo a la opresión del Partido Co munista y que al recobrar su libertad la destruyen con un despliegue de nacionalismos hostiles que no tienen presentes las con diciones de viabilidad y por tanto supervivencia.

Me parece peligroso hablar excesivamente de racismo, principalmente donde no lo hay o en dosis muy escasa. Se fomenta aquello de que se habla en exceso, lo que se airea mediante la propaganda, se introduce en las mentes, con una interpretación que puede ser inexacta o simple mente falsa. En el caso de España, esto me parece evidente, y podemos encontrarnos con un racismo considerable, forjado a fuerza de hablar de él.

Hay deberes para con los inmigrantes; los hay también de éstos para con el país que los acoge. Se debe insistir en la obligación de tratar de manera humana y civilizada con las demás personas, sean cualesquiera sus diferencias. Y concretamente en España sería muy eficaz que se evitaran las actitudes de hostilidad entre españoles de distintas regio nes o comunidades autónomas, en algunas de las cuales se producen fenómenos análogos a la xenofobia, y en algunos casos extremos al ra cismo. Si se empieza por esto, es muy probable que estas actitudes se extiendan al que es verdaderamente distinto.

En nuestra época, y por la extraordinaria fuerza de los medios de co municación, las consecuencias de la ligereza o la frivolidad pueden ser gravísimas. Hay que ejercer una vigilancia atenta sobre las interpreta ciones de hechos que, sin tener gravedad, se pueden convertir en otros destructores e irreparables.